



“Entonces romperá tu luz como la aurora”

Damos los primeros pasos tras las huellas de Cristo, tomando por guía el evangelio, que es la concretización de lo que había dicho el Espíritu Santo por boca de los santos profetas. Y, en este caso, por la del profeta Isaías que comienza hablando de pan, casa y carne. Nos dice *“Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, cubre al que ves desnudo y no te cierres a tu propia carne”* (Is 58,7). Es lo que se nos pide en el evangelio: ser la luz del mundo.

Un camino de sabiduría

La sabiduría bíblica sabe que el camino hacia Dios pasa por lo concreto: por el gesto que se inclina, por la mano que se abre, por la mirada que reconoce al otro como hermano.

Isaías revela aquí un secreto del corazón: en el seguimiento de Cristo estamos llamados a iluminar con nuestra vida, pero esta luz no se enciende desde dentro, sino que irrumpe cuando la vida se vuelve don para el otro: *“entonces romperá tu luz como la aurora”* (Is 58,8). La aurora no se fabrica; acontece. Así sucede con la claridad interior: no se fuerza, se recibe cuando el amor se traduce en justicia y misericordia.

Esta enseñanza atraviesa la tradición de la Iglesia. Agustín de Hipona advierte: *“Si ayunas y no amas, tu ayuno es ruido; si amas, aunque no ayunes, tu vida es ofrenda”*. Para el santo obispo, la verdad del culto se verifica en la caridad: la liturgia auténtica continúa en el cuerpo del pobre. Del mismo modo, san Juan Crisóstomo exhorta a no honrar el altar con oro mientras se desprecia a Cristo en el necesitado: el mismo Señor que se recibe en el sacramento espera en el diario vivir.



La sabiduría de Israel

La tradición rabínica camina en la misma dirección. El comentario de Rashi -rabino, exegeta y maestro francés medieval, nacido en **Troyes**, cuya obra se convirtió en la **columna vertebral** del estudio bíblico- al profeta Isaías subraya que *“no cerrarse a la propia carne”* significa no desentenderse del prójimo que comparte nuestra condición frágil. Y el Talmud afirma con sobriedad luminosa: *“La tzedaká/ תְּדָקָה, trae luz al mundo”*. Esta palabra hebrea en el uso común suele traducirse por *“caridad”*, pero, en la Biblia, su sentido es mucho más profundo y exigente. No se trata de un acto opcional de generosidad, sino de

una **obligación moral y espiritual** que brota de la justicia de Dios. Es una forma de vida que refleja el corazón del Altísimo. No se trata solo de dar cosas, sino de reordenar la vida para que el otro tenga lugar.

Isaías nos dice: cuando la misericordia se vuelve hábito, la oración cambia: *“entonces llamarás y el Señor te responderá”* (Is 58,9). No porque Dios estuviera ausente, sino porque el corazón ya no está cerrado. La luz que pedimos en la plegaria es la misma que dejamos pasar hacia fuera.

Aquí resuena el Evangelio. Según san Mateo, Jesús no dice *intentad ser luz*, sino *“Vosotros sois la luz del mundo”* (Mt 5,14). Pero esa luz no es intimista ni decorativa: *“que brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras”* (Mt 5,16). La lámpara no se enciende para sí misma; se entrega a la casa.

La liturgia recoge esta sabiduría cuando pide que la fe se haga vida. En la oración de la Iglesia aprendemos que la luz de Cristo nos precede y nos envía: primero nos ilumina, luego nos convierte en reflejo. Como diría Gregorio Magno, *“el amor, cuando es verdadero, se muestra en obras; cuando se muestra en obras, ilumina”*.

Así ha de ser la vida cristiana: pan partido que alumbra, casa abierta que orienta, oración escuchada porque ha pasado antes por las manos.





ORANDO CON LOS SALMOS



En las tinieblas brilla como una luz el que es justo, clemente y compasivo. Dichoso el que se apiada y presta, y administra rectamente sus asuntos. El justo jamás vacilará. El recuerdo será perpetuo. No temerá las malas noticias, su corazón está firme en el Señor. Su corazón está seguro, sin temor, reparte limosna a los pobres, su caridad dura para siempre, y alzaré la frente con dignidad.

El salmo 111/112 no celebra un catálogo de obras sociales, sino un modo de vivir que nace de la compasión de Dios. En tiempos del postexilio (s.V-IV a.C), Israel reconstruía el templo, recuperaba el culto, pero olvidaba al pobre. Y Dios, por boca de Isaías, les dice: *“Ese ayuno no me sirve. Ese culto no me toca. Si quieres que tu luz brille, si temes a Dios, comparte tu vida.”* Porque el temor de Dios no paraliza; fecunda. Por eso el salmo habla, en algunos de sus versículos, de descendencia, de casa firme, de memoria que permanece. No es una prosperidad superficial, sino la estabilidad de una vida enraizada. San Agustín de Hipona lo recoge en sus enseñanzas que se podrían

reducir a esta afirmación: bienaventurado no es el que posee mucho, sino aquel a quien no le posee lo que tiene. El centro luminoso del salmo irrumpe con una imagen pascual: *“En las tinieblas brilla una luz para el justo”* (Sal 111,4).

No se promete la ausencia de oscuridad, sino una luz que nace dentro de ella. La fe bíblica no niega la noche; la atraviesa. La tradición rabínica lee este versículo como signo de la misericordia divina, que acompaña al justo incluso en el exilio interior. El Midrash -una forma de leer, interpretar la Escritura- comenta que la luz no elimina de inmediato la tiniebla, pero permite caminar sin perderse.

Esa luz tiene un rostro concreto: *“clemente, compasivo y justo”*. No es una cualidad abstracta, sino un modo de estar en el mundo. El justo se inclina, presta, reparte, no endurece el corazón. Pero la justicia, en lenguaje bíblico, no es solo rectitud moral, sino fidelidad creadora, una manera de sostener la vida del otro. El Midrash Tehillim afirma que el justo *“ilumina el mundo con la luz del Santo”*, como una lámpara que no brilla por sí misma, sino porque recibe el aceite de lo alto.

Los Padres de la Iglesia lo expresan de otra manera. San Agustín afirma en sus enseñanzas, que el justo es un corazón habitado por la caridad y, por eso, su luz no se apaga.

El Salmo responsorial del presente domingo nos educa en una sabiduría callada:

- Temer al Señor con un corazón confiado.
- Caminar en la noche con una luz humilde.
- Dejar tras de nosotros una estela de misericordia que permanezca para siempre.

EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL
DE OVIEDO

